

EL GABINETE DE LOS ANTIGUOS

AL SEÑOR BARÓN DE HAMMER-
PURGSTALL, CONSEJERO ÁULICO, AUTOR DE
LA HISTORIA DEL IMPERIO OTOMANO

Querido barón: os habéis interesado con tanto entusiasmo por mi larga y vasta historia de las costumbres francesas en el siglo XIX y habéis prodigado tales estímulos a mi obra que me disteis, con todo ello, el derecho de unir vuestro nombre a uno de los fragmentos que formarán parte de aquélla. ¿No sois uno de los más sesudos representantes de la concienzuda y estudiosa Alemania? ¿No arrastrará la autoridad de vuestra aprobación a otras y protegerá mi empresa? Estoy tan orgulloso por haberla obtenido que he procurado hacerme merecedor de ella continuando mis trabajos con esa intrepidez que ha caracterizado vuestros estudios y la búsqueda de todos los documentos sin los cuales el mundo literario se hubiera visto privado del monumento levantado por vos. Vuestra simpatía por unos trabajos que habéis conocido y aplicado a los intereses de la sociedad oriental más brillante ha sostenido con frecuencia el ardor de mis vigias, ocupadas en los pormenores de nuestra sociedad moderna. ¿No os satisfará saber esto, vos, cuya bondad ingenua puede compararse a la de nuestro La Fontaine? Deseo, querido barón, que este testimonio de mi veneración por vos y por vuestra obra vaya a encontraros a Dobling, y allí os recuerde, así como a todos los vuestros, a uno de los más sinceros admiradores y amigos que tenéis.

DE BALZAC

En el centro de la ciudad, en la esquina de una calle de una de las menos importantes prefecturas de Francia, hay una casa, pero tanto el nombre de la calle como el de la ciudad

deben ser ocultados. Cada cual podrá apreciar los motivos de esta prudente reserva exigida por las conveniencias. ¡El escritor que quiere analizar su época ha de remover muchas llagas!... La casa se llama palacio D'Esgrignon; pero tened también en cuenta que D'Esgrignon es un nombre convencional, sin más realidad que la que puedan tener los Belval, los Floricour y los Derville de la comedia, y los Adalbert o los Monbreuse de la novela. En fin, se alterarán igualmente los nombres de los principales personajes. El autor querría reunir contradicciones y amontonar anacronismos para dejar sepultada la verdad bajo un cúmulo de inverosimilitudes y de absurdos; pero, por más que se haga, aquélla asomará siempre, del mismo modo que una cepa mal arrancada retoña en vástagos vigorosos a través de un viñado arado y removido.

El palacio D'Esgrignon era sencillamente la casa en que vivía un viejo gentilhomme, llamado Charles Marie Víctor Angel Carol, marqués D'Esgrignon o Des Grignons, según antiguos documentos. La sociedad comerciante y burguesa de la ciudad había llamado epigramáticamente a su vivienda palacio, y, desde hacía una veintena de años, la mayoría de los vecinos habían acabado por decir seriamente el *palacio D'Esgrignon* para designar la casa del marqués.

El nombre de Carol (los hermanos Thierry lo hubiesen escrito Karawl) era el nombre glorioso de uno de los jefes más poderosos venidos en otro tiempo del norte para conquistar y feudalizar las Galias. Jamás los Carol habían inclinado la cerviz ni ante el pueblo ni ante la realeza, ni ante la Iglesia ni ante la finanza. Encargados antaño de defender una marca francesa, su título de marqués era a la vez un deber y un honor, y no el simulacro de un cargo ficticio, y el feudo de Esgrignon había sido siempre suyo. Verdadera nobleza de provincia, ignorada en la corte desde hacía cien años, pero pura de toda mezcla, soberana en sus

estados y respetada por las gentes de la comarca como una superstición, igual que una buena virgen que cura el dolor de muelas, aquella casa se había conservado sepultada en su provincia del mismo modo que las estacas carbonizadas de un puente construido bajo el César se conservan en el fondo de un río. Durante mil trescientos años, las hijas se habían casado sin dote o habían entrado en el convento, y los segundones habían aceptado siempre sus legítimas maternas, se habían hecho soldados, obispos, o se habían casado en la corte. Un segundón de la casa D'Esgrignon fue almirante, se le hizo duque y par, y murió sin descendencia. Jamás quiso aceptar el marqués D'Esgrignon, jefe de la rama primogénita, el título de duque.

—Yo no he recibido el marquesado de Esgrignon en las mismas condiciones que el rey el Estado de Francia —le dijo al condestable de Luynes, que no era entonces a sus ojos sino un noble insignificante—. No olvidéis que, durante las revueltas, hubo varios D'Esgrignon decapitados. La sangre francesa se conservó noble y activa hasta el año 1789. El marqués D'Esgrignon actual no emigró: tenía que defender su marca. El respeto que había sabido inspirar a las gentes del campo preservó su cabeza del cadalso, pero el odio de los verdaderos *sans-culottes*⁴⁵ fue lo bastante grande para hacerle considerar como emigrado durante el tiempo que estuvo obligado a ocultarse. En nombre del pueblo soberano, el distrito deshonoró el dominio D'Esgrignon, y sus bosques fueron vendidos como bienes nacionales, a pesar de las reclamaciones personales del marqués, que tenía entonces 40 años. Como la señorita D'Esgrignon, su hermana, era menor, salvó algunas porciones del feudo por intermedio de un joven intendente de la familia, que pidió la partición

45. N. del T. *Sans-culotte*: nombre que dieron los aristócratas en Francia, en 1789, a los revolucionarios que sustituyeron el calzón corto, *culotte*, por el pantalón, y como sinónimo de 'patriota'.

de herencia en nombre de su cliente, y le fueron atribuidos el castillo y algunas granjas en la liquidación que hizo la República. El fiel Chesnel se vio obligado a comprar en su nombre, con el dinero que le entregó el marqués, ciertas partes del dominio por las que su amo sentía un apego especial, tales como la iglesia, el presbiterio y los jardines del castillo.

Una vez pasados los lentos y rápidos años del Terror, el marqués D'Esgrignon, cuyo carácter había impuesto el respeto a la comarca, quiso volver a habitar su castillo con su hermana la señorita D'Esgrignon, a fin de mejorar los bienes de cuyo salvamento se había ocupado *maître* Chesnel, su antiguo intendente, que ahora era notario. Pero, ¡ay!, el castillo saqueado y desamueblado, ¿no era demasiado vasto y demasiado costoso para un propietario cuyos derechos útiles habían sido totalmente suprimidos, cuyos bosques habían sido fraccionados, y que, por el momento, no podía sacar más de nueve mil francos de las tierras que había conservado de sus antiguos dominios?

Cuando el notario acompañó a su antiguo señor, en el mes de octubre de 1800, al viejo castillo feudal, no pudo reprimir una emoción profunda al ver al marqués inmóvil, en medio del patio, ante sus fosos terraplenados y contemplando sus torres desmochadas y al nivel de los tejados. El franco contemplaba en silencio y sucesivamente el cielo y el lugar donde se encontraban antaño las lindas veletas de las torrecillas góticas, como pidiéndole a Dios razón de aquella mudanza social. Sólo Chesnel podía comprender el dolor profundo del marqués, a quien se llamaba entonces el «ciudadano Carol». Aquel gran D'Esgrignon permaneció largo tiempo mudo, aspiró el olor del aire patrimonial y lanzó la más melancólica de las interjecciones.

—Chesnel —dijo—, más tarde volveremos aquí, cuando terminen los desórdenes; pero hasta que se dé el edicto de

pacificación no podré habitarlo, ya que *ellos* me prohíben restablecer en él mis blasones.

Señaló el castillo, se volvió, montó de nuevo en su caballo y acompañó a su hermana, que había ido en un mal carricoche de mimbre perteneciente al notario. Tampoco en la ciudad quedaba nada del palacio D'Esgrignon. La noble casa había sido demolida, y en su solar se habían edificado dos fábricas. *Maitre* Chesnel empleó el último saco de lises del marqués en comprar, en la esquina de la plaza, una vieja casa con tejado rematado en punta, veleta, torrecilla y palomar, en la que antaño estuvo establecido, primero, el bailío señorial y después el presdial,⁴⁶ y que pertenecía al marqués D'Esgrignon. Mediante quinientos lises, el comprador de bienes nacionales que lo había adquirido consintió en la retrocesión del viejo edificio a su legítimo propietario. Entonces fue cuando, medio en broma medio en serio, los vecinos de la ciudad le dieron a esta casa el nombre de *palacio D'Esgrignon*.

En 1800 volvieron algunos emigrados a Francia, ya que las supresiones de los nombres inscritos en las listas fatales se obtenían con bastante facilidad. Entre los nobles que volvieron a la ciudad los primeros, se encontraban el barón de Nouastre y su hija, que estaban arruinados. El señor D'Esgrignon les ofreció generosamente un asilo, en el que el barón murió dos meses después, abrumado por los pesares. La señorita de Nouastre tenía 22 años, y como los Nouastre eran de la sangre noble más pura, el marqués D'Esgrignon se casó con ella para continuar su casa; pero la perdió pronto, pues murió de parto por la torpeza del médico, y dejó, por gran fortuna, un hijo a los D'Esgrignon. El pobre anciano (aunque el marqués no tuviese entonces más de 54 años, la

46. N. del T. Presdial: jurisdicción de ciertas bailías o senescalías reales, que conocía en Francia sin apelación en ciertos casos y en ciertas sumas o cuantías.

adversidad y los dolores acerbos de su vida habían hecho que para él los años tuviesen siempre más de doce meses), el anciano, pues, perdió la alegría de sus postreros años al ver expirar a la más linda de las criaturas humanas, una noble mujer en la que revivían las gracias, siempre imaginarias, de las figuras femeninas del siglo XVI. Recibió uno de esos golpes terribles cuya repercusión se repite en todos los instantes de la vida. Tras haber permanecido algunos momentos en pie ante el lecho, besó la frente de su mujer, que yacía como una santa con las manos juntas, sacó su reloj, le rompió la rueda y lo colgó sobre la chimenea. Eran las once de la mañana.

—Señorita D'Esgrignon, roguemos a Dios que esta hora deje ya de ser fatal para nuestra casa. Mi tío, monseñor el arzobispo, fue asesinado a esta hora, y a esta hora murió también mi padre...

Se arrodilló junto al lecho, apoyando en él la cabeza, y su hermana le imitó. Un momento después se levantaron ambos: la señorita D'Esgrignon estaba deshecha en llanto, y el viejo marqués contemplaba al niño, la habitación y la muerta con ojos enjutos. A su obstinación de franco unía aquel hombre una intrepidez cristiana.

Esto ocurría en el segundo año de nuestro siglo. La señorita D'Esgrignon tenía 27 años y era hermosa. Un advenedizo, proveedor de armas de la República, nacido en la región y poseedor de mil escudos de renta, obtuvo de *maître* Chesnel, después de haber vencido su resistencia, que hablase en su favor de matrimonio a la señorita D'Esgrignon. Tanto el hermano como la hermana se encolerizaron ante semejante atrevimiento. Chesnel quedó arrepentidísimo de haberse dejado seducir por el señor Du Croisier. Desde aquel día ya no volvió a encontrar ni en los modales ni en las palabras del marqués D'Esgrignon aquella afectuosa benevolencia que podía pasar por amistad. En adelante, el marqués le demostró tan sólo agradecimiento.

Este agradecimiento noble y sincero era causa de perpetuos dolores para el notario. Hay corazones sublimes para los que la gratitud parece enorme pago, y que prefieren la dulce igualdad de sentimientos que procuran la armonía de los pensamientos y la fusión voluntaria de las almas. *Maître* Chesnel había gustado el placer de aquella amistad honrosa: el marqués le había elevado hasta él. Para el viejo noble, aquel hombre de bien era menos que un hijo y más que un servidor, era el vasallo voluntario, el siervo unido por todos los lazos del corazón a su soberano. El notario desaparecía, y todo quedaba contrapesado por el continuo intercambio de un afecto sincero. A los ojos del marqués, el carácter oficial que el notario daba a Chesnel no significaba nada; le parecía que su servidor se había disfrazado de notario. A los ojos de Chesnel, el marqués era un ser que seguía perteneciendo a una raza divina; creía en la nobleza, y recordaba sin avergonzarse que su padre abría las puertas del salón diciendo: «El señor marqués está servido». Su adhesión a la noble casa arruinada no provenía de una fe, sino de un egoísmo, pues se consideraba como formando parte de la familia. Su pesar fue profundo. Cuando se atrevió a hablar de su error al marqués, a pesar de la prohibición de éste, el anciano le contestó con voz grave:

—Chesnel, antes de las revueltas no te habrías permitido tan injuriosas hipótesis. ¿Cómo serán las nuevas doctrinas que han llegado a cambiarte de ese modo?

Maître Chesnel gozaba de la confianza de toda la ciudad y era en ella considerado. Su alta probidad y su gran fortuna contribuían a darle importancia, y, desde entonces, profesó una aversión decidida hacia el señor Du Croisier. Aunque el notario fuese poco rencoroso, hizo compartir su repugnancia a un gran número de familias. Du Croisier, hombre de odios y capaz de incubar una venganza durante veinte años, concibió por el notario y por la familia D'Esgrignon uno

de esos aborrecimientos sordos y absolutos como suelen encontrarse en provincias. Aquella negativa le anulaba a los ojos de los maliciosos provincianos, entre los cuales había ido a pasar su vida y a los que quería dominar. Fue una catástrofe tan efectiva que sus consecuencias no tardaron en dejarse sentir. Du Croisier fue igualmente rechazado por una solterona a la que se dirigió como recurso desesperado. Los planes ambiciosos que había formado desde un principio fallaron una primera vez por la negativa de la señorita D'Esgrignon, cuya mano le habría abierto la puerta del *faubourg* Saint-Germain de la provincia, y la segunda negativa le arrebató hasta tal punto la consideración que había logrado ir ganando entre el vecindario que le costó mucho trabajo mantenerse en la segunda sociedad de la ciudad.

En 1805, el señor de La Roche-Guyon, primogénito de una de las más antiguas familias de la comarca, que se había aliado en otro tiempo a los D'Esgrignon, hizo pedir por *maître* Chesnel la mano de la señorita D'Esgrignon. La señorita Marie-Armande-Claire D'Esgrignon se negó a escuchar al notario.

—Debíais haber adivinado que soy madre, mi querido Chesnel —le dijo terminando de acostar a su sobrino, hermoso niño de 5 años.

El viejo marqués se levantó, yendo al encuentro de su hermana, que volvía de la cuna, y le besó la mano respetuosamente; después, sentándose, y dominando su emoción para poder hablar, dijo:

—¡Eres una D'Esgrignon, hermana mía!

La noble doncella se estremeció y lloró. En sus últimos días, el señor D'Esgrignon, padre del marqués, se había casado con la nieta de un traficante ennoblecido bajo Louis XIV. Este matrimonio fue considerado como una unión desigual, horrible para la familia, aunque sin importancia,

ya que de él no nació más que una hija. Armande sabía esto. Aunque su hermano fue excelente con ella, la consideraba siempre como una extraña, y aquella frase la legitimaba. Pero ¿no coronaba, al mismo tiempo, su respuesta la noble conducta que Armande había observado desde hacía once años, cuando, a partir de su mayoría de edad, todos sus actos estuvieron marcados con el cuño de la fidelidad abnegada más pura? Sentía por su hermano una especie de culto.

—Moriré señorita D'Esgrignon —dijo con sencillez al notario.

—No hay para vos título más hermoso —respondió Chesnel, que creyó haberle dirigido un cumplido.

La pobre muchacha enrojeció.

—Has dicho una tontería, Chesnel —replicó el viejo marqués, halagado por la frase de su antiguo servidor y abrumado, a la vez, por el pesar que causaba a su hermana—. Una D'Esgrignon puede casarse con un Montmorency; nuestra sangre no está tan mezclada como lo ha estado la suya. Los D'Esgrignon *llevan oro con dos bandas de gules* y, desde hace novecientos años, no ha cambiado nada en su escudo: está igual que el primer día.

«No recuerdo haber encontrado jamás una mujer que haya impresionado mi imaginación tanto como la señorita D'Esgrignon —dice Blondet, a quien la literatura contemporánea le debe, entre otras cosas, esta historia—. Yo era en verdad muy joven, un niño, y tal vez las imágenes que dejó en mi memoria le deben la vivacidad de sus colores a la predisposición que nos arrastra en esa edad hacia las cosas maravillosas. Cuando yo la veía venir de lejos, por el Cours, donde yo jugaba con otros niños, y ella traía a Victurnien, su sobrino, experimentaba una emoción que se parecía mucho a las sensaciones producidas por el galvanismo en los seres muertos. Por muy joven que yo fuese, me sentía

como dotado de nueva vida. La señorita Armande tenía los cabellos de un rubio leonado y sus mejillas estaban cubiertas de una pelusilla de reflejos plateados, muy fina, que a mí me gustaba contemplar colocándome de manera que la luz iluminase el perfil de su rostro, y yo me abandonaba a la fascinación de aquellos ojos de esmeralda que soñaban y me arrojaban fuego cuando se dirigían hacia mí. Fingía revolearme por la hierba delante de ella, jugando, pero era para llegar a sus lindos pies y admirarlos desde más cerca. La suave blancura de su tez, la finura de sus facciones, la pureza de las líneas de su frente y la elegancia de su breve cintura me asombraban, sin que yo me diese cuenta ni de la elegancia de su cintura, ni de la belleza de su frente, ni del óvalo perfecto de su rostro. La admiraba del mismo modo que a mi edad se reza, sin estar muy seguro del porqué. Cuando mis miradas penetrantes habían atraído al fin las suyas, y decía con su voz melodiosa, que me parecía más llena que las demás voces: «¿Qué haces ahí, niño? ¿Por qué me miras?», yo iba hacia ella, me encogía, me mordía los dedos, enrojecía y decía: «No sé». Y si por casualidad pasaba su mano blanca por mis cabellos, preguntándome mi edad, yo me iba corriendo y le contestaba desde lejos: «¡Once años!». Si, al leer *Las mil y una noches*, aparecía una reina o un hada, les prestaba las facciones y los andares de la señorita D'Esgrignon. Cuando mi profesor de dibujo me hizo copiar cabezas del arte antiguo, observé que estaban peinadas como la señorita D'Esgrignon. Más tarde, cuando todas aquellas ideas locas fueron desapareciendo una por una, la señorita Armande, a cuyo paso se apartaban los hombres respetuosamente en el Cours, a fin de dejarle sitio, y contemplaban luego las ondulaciones de su larga falda oscura hasta que la perdían de vista, la señorita Armande quedó vagamente en mi memoria como un tipo. Sus formas exquisitas, cuya redondez quedaba a veces de manifiesto

gracias a un golpe de viento, y que yo sabía volver a encontrar a pesar de la holgura de su vestido, esas formas se presentaron de nuevo en mis sueños de joven. Después, aún más tarde, cuando reflexionaba gravemente en algunos misterios del pensamiento humano, creí recordar que mi respeto me estaba inspirado por los sentimientos reflejados en el rostro y en la actitud de la señorita D'Esgrignon. La serenidad admirable de aquella cabeza interiormente ardiente, la dignidad de movimientos y la santidad de sus deberes cumplidos me conmovían y me imponían. Los niños son más permeables de lo que se cree a los invisibles efectos de las ideas: jamás se burlan de una persona realmente respetable, la verdadera gracia les conmueve y la belleza les atrae, porque ellos mismos son bellos, y existen lazos misteriosos entre las cosas de la misma naturaleza. La señorita D'Esgrignon fue una de mis religiones. Y hoy jamás trepa mi loca imaginación por la escalera de caracol de una vieja casa solariega sin evocar allí a la señorita Armande como el genio del feudalismo. Cuando leo las viejas crónicas, se aparece ante mis ojos bajo los rasgos de las mujeres célebres; es, sucesivamente, Agnès, Marie Touchet, Gabrielle, y yo le presto todo el amor perdido en su corazón y que ella no exteriorizó jamás. Esta celestial figura, entrevista a través de las brumosas ilusiones de la infancia, acude ahora en medio de las nubes de mis sueños».

¡Recordad este retrato, tan fiel en lo moral como en lo físico! La señorita D'Esgrignon es una de las figuras más instructivas de esta historia, y os dará a conocer todo lo que pueden tener de nocivo las virtudes más puras cuando falta la inteligencia.

Durante los años de 1804 y 1805 volvieron a Francia las dos terceras partes de las familias emigradas, y casi todas las de la provincia donde vivía el señor marqués D'Esgrignon

se reinstalaron en el solar paterno. Pero hubo defecciones. Algunos gentileshombres pasaron a servir, bien en los ejércitos de Napoleón, o en su corte, y otros establecieron alianzas con algunos advenedizos. Todos cuantos entraron en el movimiento imperial reconstituyeron sus fortunas y recuperaron sus bosques gracias a la munificencia del emperador, y muchos de ellos se quedaron en París; pero hubo ocho o nueve familias nobles que permanecieron fieles a la nobleza proscrita y a sus ideas sobre la monarquía derrocada: los Roche-Guyon, los Nouastre, los Gordon, los Castéran, los Troisville, etc., éstos pobres y aquéllos ricos; pero la menor o mayor cantidad de oro no se tenía en cuenta: la antigüedad y la conservación de la raza lo eran todo para ellas, del mismo modo que, para un anticuario, el peso de la medalla es cosa insignificante en comparación con la pureza de las letras y de la efigie, así como la antigüedad del cuño. Estas familias tomaron por jefe al marqués D'Esgrignon, y su casa fue su cenáculo. En ella, el emperador y rey no fue nunca más que el señor de Buonaparte; el soberano era Louis XVIII, que se encontraba entonces en Mittau; el departamento fue siempre la provincia, y la prefectura una intendencia. La conducta admirable, la lealtad de gentilhombre y la intrepidez del marqués D'Esgrignon le valieron sinceros homenajes, del mismo modo que sus desventuras, su constancia y su fidelidad inalterable a sus opiniones le merecieron en la ciudad un respeto universal. Aquella admirable ruina tenía toda la majestad de las grandes cosas destruidas. Su delicadeza caballeresca era tan conocida que en varias circunstancias fue escogido como único árbitro por los litigantes. Todas las personas bien educadas que pertenecían al sistema imperial, e incluso las autoridades, tenían tanta condescendencia con sus prejuicios como consideración hacia su persona. Pero una gran parte de la sociedad nueva, las gentes que bajo la

Restauración iban a llamarse los *liberales*, a la cabeza de los cuales se encontraba en secreto Du Croisier, se burlaban del oasis aristocrático donde nadie podía entrar sin ser buen gentilhombre y persona irreprochable. Su animosidad fue tanto más fuerte cuanto que muchas personas decentes y algunos funcionarios de la alta administración se obstinaban en considerar el salón del marqués D'Esgrignon como el único en que había gente distinguida. El prefecto, chambelán del emperador, hacía gestiones para ser recibido en él, enviaba humildemente a su mujer, que era una Grandlieu. Por lo tanto, los excluidos, en su odio por aquel pequeño *faubourg* Saint-Germain de provincia, habían dado el nombre de «Gabinete de los Antiguos» al salón del marqués D'Esgrignon, a quien llamaban «señor Carol», y a quien el recaudador de contribuciones dirigía siempre su aviso con este paréntesis: «antes, Des Grignons». Esta manera de escribir el nombre a la antigua era por molestarle, ya que la ortografía «D'Esgrignon» había prevalecido.

«En cuanto a mí —decía Émile Blondet—, si me propongo reunir mis recuerdos de infancia, habré de confesar que el nombre de «Gabinete de los Antiguos» me hacía reír siempre, pese a mi respeto, mejor diré, mi amor, por la señorita Armande. El palacio D'Esgrignon daba a dos calles, en cuya esquina estaba situado, de suerte que el salón tenía dos ventanas a la una y otras dos a la otra de estas calles, las más transitadas de la ciudad. La plaza del mercado se encontraba a quinientos pasos del palacio. El salón era entonces como una jaula de cristal, y nadie iba o venía por la ciudad sin dirigirle una mirada. A mí, niño de 12 años, me pareció siempre aquella estancia una de esas raras curiosidades que se encuentran más tarde, cuando se piensa en ellas, en los límites de lo real y de lo fantástico, sin que se pueda saber si está más de un lado que de otro. Dicho salón,

que había sido antaño sala de audiencias, se encontraba sobre un piso de sótanos con tragaluces enrejados, en los que yacían en otro tiempo los criminales de la provincia. Después fue instalada allí la cocina del marqués. Yo no sé si la magnífica y alta chimenea del Louvre, tan maravillosamente esculpida, me ha causado después más asombro que el que experimenté al ver por primera vez la inmensa chimenea de aquel salón, bordada como la cáscara de un melón, y sobre la cual había un gran retrato ecuestre de Henri III (bajo el cual se unió a la corona aquella provincia, antiguo ducado de infantazgo), ejecutado en relieve y con un marco dorado. El techo estaba formado por vigas de castaño que dejaban entre sí unos casetones adornados interiormente con arabescos. Las aristas de este techo magnífico habían sido doradas, pero el oro se veía ya apenas. Los tapices flamencos que cubrían las paredes representaban el juicio de Salomón en seis cuadros con marco de tirso dorados en los que jugaban amores y sátiros. El marqués había hecho entarimar el salón. Entre los despojos de los castillos, que se vendieron desde 1793 a 1795, el notario se había procurado consolas del estilo del siglo de Louis XIV, con mobiliario tapizado, mesas, relojes, antorchas y girándulas que completaban maravillosamente aquel salón grandísimo, que estaba en desproporción con toda la casa, pero que, afortunadamente, tenía una antecámara de la misma altura de techo y que había sido la Sala de los Pasos Perdidos del presidencial, con la que comunicaba la cámara de debates, convertida en comedor. Bajo aquellos viejos artesonados, oropeles de un tiempo pasado, se agitaban en primera línea ocho o diez ancianas, unas de cabeza vacilante, otras secas y negras como momias; éstas erguidas, aquéllas encorvadas, y todas ellas encapazonadas con vestidos más o menos caprichosos, en oposición a la moda; cabezas empolvadas, de cabellos rizados, con gorros de cocas y encajes rojizos.

Jamás han llegado las pinturas más burlescas o las más serias a la poesía delirante de aquellas mujeres, que acuden a mis sueños y gesticulan en el fondo de mis recuerdos en cuanto me encuentro con una anciana cuyo rostro o vestido trae a mi memoria algunos de sus rasgos. Pero sea porque la desgracia me haya iniciado en los secretos de los infortunios, o porque haya llegado a comprender todos los sentimientos humanos, sobre todo las añoranzas y la vejez, jamás he podido volver a encontrar en parte alguna, ni en los moribundos ni en los vivos, la palidez de ciertos ojos grises ni la espantosa vivacidad de algunos ojos negros. En suma, ni Maturin ni Hoffmann, las dos imaginaciones más siniestras de estos tiempos, me han causado el espanto que me causaron los movimientos automáticos de aquellos cuerpos encorsetados. No me sorprendió después el rojo de los actores, ya que yo había visto ya un rojo inveterado, un rojo de nacimiento, como decía uno de mis camaradas, tan travieso por lo menos como yo podía serlo. Eran unos rostros laminados, socavados por arrugas, que se parecían a las cabezas de cascanueces esculpidas en Alemania. Yo veía a través de los cristales unos cuerpos jorobados, unos miembros mal articulados, cuya economía y contextura no he intentado jamás explicarme, unas quijadas rectas y de gran relieve, unos huesos exorbitantes y unas caderas lujuriosas. Cuando aquellas mujeres iban y venían, no me parecían menos extraordinarias que cuando conservaban su inmovilidad cadavérica al jugar a las cartas. Los hombres de aquel salón presentaban los colores grises y desvaídos de los viejos tapices; su vida tenía el sello de la indecisión, pero su traje se acercaba mucho a los que se usaban a la sazón. Tan sólo sus cabellos blancos, sus rostros marchitos, su color de cera, sus frentes ruinosas y la palidez de sus ojos les daban a todos un parecido con las mujeres que destruía la realidad de sus trajes. La certidumbre de encontrar a

estos personajes rodeando invariablemente las mesas, o sentados a las mismas horas, acababa de prestarles a mis ojos un no sé qué de teatral, de pomposo y de sobrenatural. Jamás he entrado después en esos guardamuebles, célebres de París, Londres, Viena, o Múnich, donde viejos celadores os enseñan los esplendores de los tiempos pasados, sin que yo los poblase con las figuras del Gabinete de los Antiguos. Con frecuencia, nos proponíamos unos a otros, escolares de ocho a diez años, como un espectáculo o como una gira de placer, ir a ver aquellas rarezas en su escaparate. Pero en cuanto veía a la delicada señorita Armande, me estremecía, admirando después con un sentimiento de envidia a aquel delicioso niño, Victurnien, en el que todos presentíamos una naturaleza superior a la nuestra. La joven y lozana criatura, en medio de aquel cementerio despertado antes de tiempo, nos causaba una impresión de extrañeza indefinible. Sin darnos exacta cuenta de nuestras ideas, nos sentíamos burgueses y pequeños ante aquella corte orgullosa».

Las catástrofes de 1813 y de 1814, que abatieron a Napoleón, devolvieron la vida a los asiduos al Gabinete de los Antiguos, y sobre todo la esperanza de recuperar su importancia antigua; pero los sucesos de 1815, las desgracias de la ocupación extranjera y, después, las oscilaciones del Gobierno, aplazaron hasta la caída del señor Decazes las esperanzas de aquellos personajes, tan bien descritos por Blondet. Esta historia no toma, pues, consistencia hasta 1822.

En 1822, a pesar de los beneficios que la Restauración proporcionaba a los emigrados, la fortuna del marqués D'Esgrignon no había aumentado. De todos los nobles afectados por las leyes revolucionarias, ninguno fue más maltratado que él. La mayor parte de sus rentas consistía, antes de 1789, en derechos patrimoniales procedentes,

como en algunas grandes familias, de la servidumbre de sus feudatarios, que los señores se esforzaban en fiscalizar con el fin de aumentar el producto de sus laudemios. Las familias que se encontraban en ese caso quedaron arruinadas sin esperanzas de resarcirse, ya que la ordenanza por la que Louis XVIII restituía a los emigrados los bienes no vendidos no podía devolverles nada; y, más tarde, la ley de indemnizaciones no les indemnizaba tampoco. Todos saben que sus derechos suprimidos se restablecieron, en provecho del Estado, bajo el mismo nombre de *patrimonio*. El marqués pertenecía necesariamente a la fracción del partido realista que no quiso transacción ninguna con los que llamaba, no revolucionarios, sino rebeldes, más parlamentariamente llamados «liberales» o «constitucionales». Estos realistas, llamados ultras por la oposición, tuvieron por jefes y por héroes a los valerosos oradores de la derecha, que, como el señor de Polignac, intentaron, desde la primera sesión real, protestar contra la Carta de Louis XVIII, considerándola como un maledicto arrancado por la necesidad del momento, y sobre el cual debía la corona volver. Así, lejos de asociarse a la renovación de costumbres que quiso operar Louis XVIII, el marqués permanecía tranquilo, en la actitud vigilante de los puros de la derecha, esperando la restitución de su inmensa fortuna y no admitiendo ni aún en pensamiento aquella indemnización que preocupó al ministerio del señor de Villèle y que debía consolidar el trono al extinguir la fatal distinción, mantenida entonces a pesar de las leyes, dentro de las propiedades. Los milagros de la Restauración de 1814, los mayores de la vuelta de Napoleón en 1815, los prodigios de la nueva huida de la casa de Borbón y de su segunda vuelta; esta fase casi fabulosa de la historia contemporánea sorprendió al marqués a los 67 años. A esa edad, los caracteres más altivos de nuestra época, menos abatidos que gastados por las mudanzas de la Revolución y del Imperio,

habían convertido en sus provincias su actividad en ideas apasionadas e inquebrantables, atrincherándose casi todos en la enervante y dulce costumbre de la vida cotidiana. ¿No es la desgracia mayor que pueda afligir a un partido la de estar representado por ancianos, cuando ya a sus ideas se les pone la tacha de vejez? Por otra parte, cuando en 1818 el trono legítimo pareció sólidamente asentado, el marqués se preguntó qué podría hacer un septuagenario en la corte y qué cargo o qué empleo podría ejercer en ella. El noble y altivo D'Esgrignon se contentó, pues, y debió contentarse con el triunfo de la monarquía y de la religión, en espera de los resultados de aquella victoria inesperada y disputada, que fue simplemente un armisticio. Continuaba reinando en su salón, tan acertadamente llamado el «Gabinete de los Antiguos», sobrenombre suavemente burlón que, bajo la Restauración, se envenenó cuando los vencidos de 1793 pasaron a ser vencedores.

Aquella ciudad no estuvo más preservada que la mayoría de las demás ciudades de provincia de los odios y rivalidades engendrados por el espíritu de partido. Contra lo que todos esperaban, Du Croisier se había casado con la solterona que al principio le rechazara, y pese a que tuvo como rival ante ella al niño mimado de la aristocracia de la ciudad, cierto caballero cuyo nombre ilustre quedará suficientemente oculto, según una vieja costumbre de otros tiempos seguida por la ciudad, al no designarlo sino por su título, pues en ella era el Chevalier, del mismo modo que el conde D'Artois era, en la corte, el Señor. Aquel matrimonio no sólo había engendrado una de esas guerras en las que se empleaban todas las armas, como ocurre en provincias, sino que había acelerado, además, la separación entre la alta y la pequeña aristocracia, entre los elementos burgueses y los elementos nobles reunidos un momento bajo la presión de la gran autoridad napoleónica, división repentina que tanto

mal hizo a nuestro país. Lo más nacional en Francia es la vanidad. La masa de vanidades heridas produjo en ella la sed de igualdad, mientras que, más tarde, los más ardientes innovadores encontraron imposible la igualdad. Los realistas atacaron a los liberales en las partes más sensibles del corazón. En provincias, sobre todo, los dos partidos se atribuyeron recíprocamente horrores y se calumniaron vergonzosamente. Se cometieron entonces en política los actos más infames para atraerse a la opinión pública y captar los votos de aquella galería imbécil que tiende sus brazos a las gentes lo bastante hábiles para armárselos. Estas luchas se personificaron allí en algunos individuos, y estos individuos, que se aborrecían como enemigos políticos, se convirtieron al momento en enemigos particulares. En provincias es difícil no llegar al cuerpo a cuerpo a propósito de cuestiones o intereses que, en la capital, aparecen bajo sus formas generales y teóricas y que engrandecen lo bastante a sus campeones para que el señor Laffitte, por ejemplo, o Casimir Périer respeten a las personas en el señor de Villèle o en el señor de Peyronnet. El señor Laffitte, que hizo disparar contra los ministros, los habría ocultado en su casa si hubieran acudido a ella el 29 de julio de 1830. Benjamin Constant envió su libro sobre la religión al vizconde de Chateaubriand con una carta lisonjera en la que confiesa haber recibido algún beneficio del ministro de Louis XVIII. En París, los hombres son sistemas; en la provincia los sistemas se convierten en hombres, y hombres de pasiones incesantes, siempre presentes, espiándose en su vida íntima, epilogando sus discursos, observándose como dos duelistas dispuestos a hundir seis pulgadas de acero en el pecho del contrario a la menor distracción, y procurando fomentar las distracciones; ocupados, en suma, en su odio como jugadores despiadados. Allí, los epigramas y las calumnias se dirigen al hombre bajo pretexto de herir al partido. En